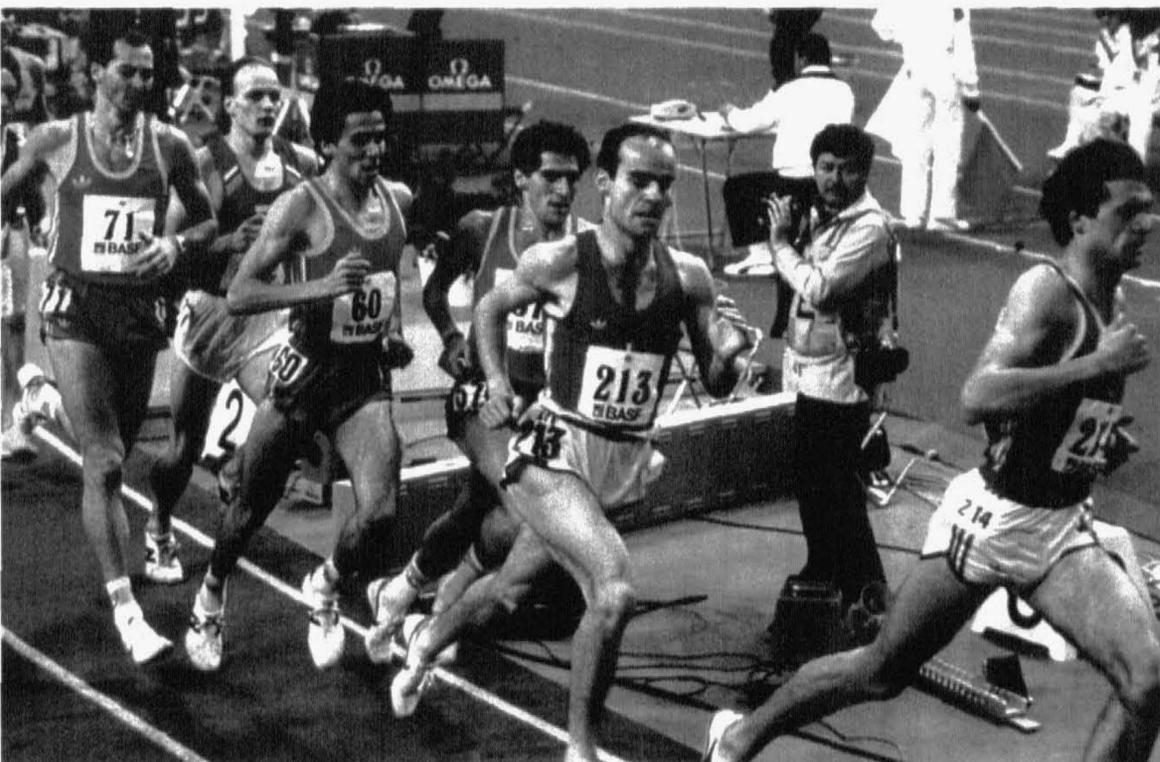
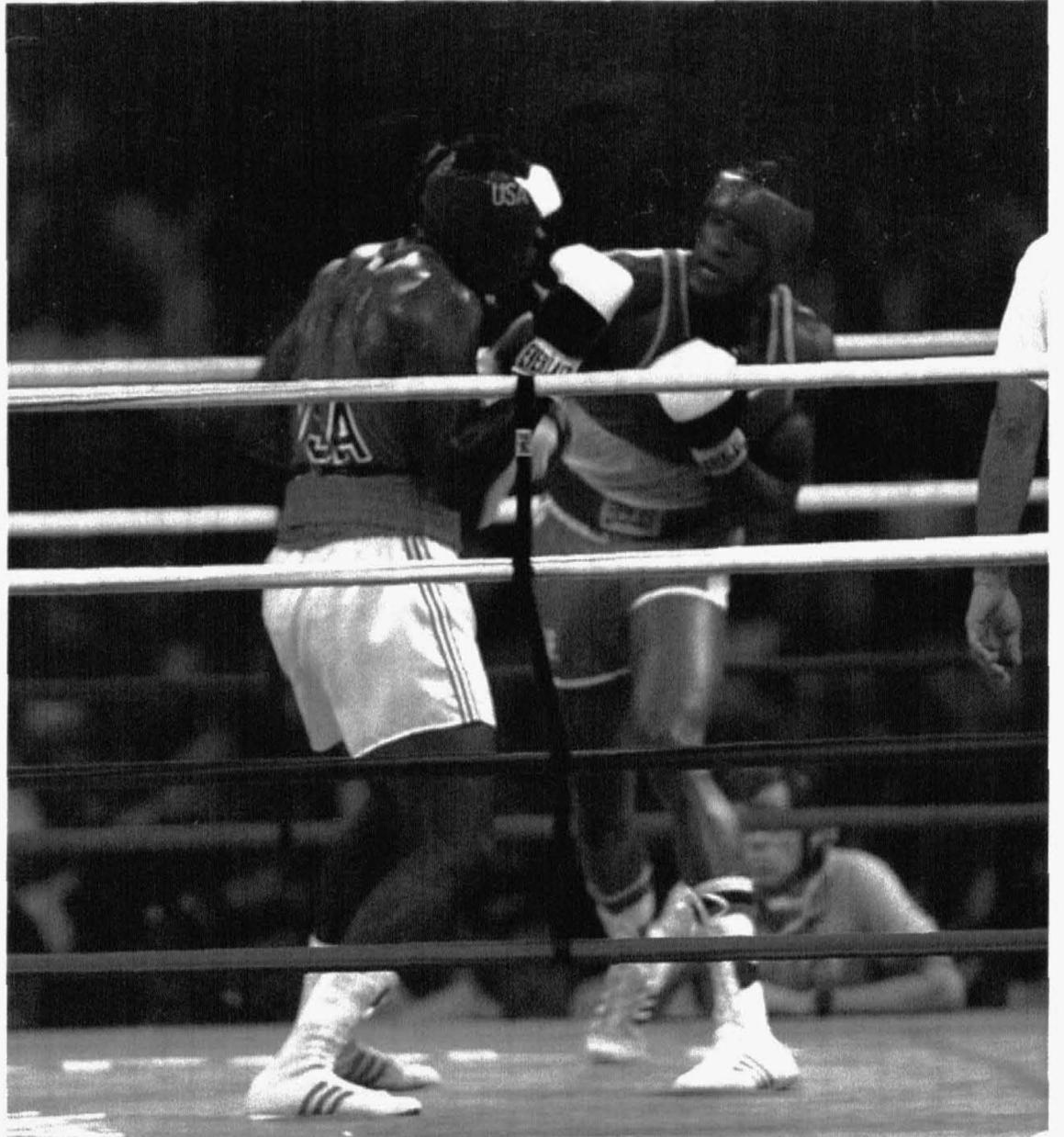


# LA TELEVISION ESTA AUN POR APARECER



La tendencia a mirarse en el espejo más obscuro de los demás no se llama compasión, comprensión o misericordia; se llama miseria moral. Cuando San Agustín refiere que hubo un tiempo en su vida en que buscó “algo por lo que sentir dolor, pues le gustaba sentir dolor” (y ya sabemos cómo se llama eso desde que vino al mundo S. M.), está poniendo el dedo en la llaga. “Me gustaba —dice San Agustín— dolerme de las desgracias ajenas, tanto en los espectáculos de carácter ficticio como en los de entretenimiento”. Es decir, tanto en el teatro como en el circo (romano). En contra de la ética agustiniana, y relativizándola un poco, estaría la aristotélica teoría de la catarsis, y su beneficiosa “labor social”. Sufrir presenciando las innumerables desdichas de Edipo, padecer por la injusticia que se cierne sobre Antígona, lamentar a lágrima viva el sacrificio de Ifigenia, tenía como función la de representar un descenso al abismo de las pasiones desmedidas del que el espectador salía purificado. Digamos que quien mata simbólicamente no mata de verdad, y ahí ha estado siempre la verdadera función de la catarsis trágica. Nada que objetar desde luego a la visión del todo objetiva y certera de Aristóteles, tanto la referida al teatro como la referida a los espectáculos donde la vida del “actor” se pone en juego (boxeo y tauromaquia incluidos), y más teniendo en cuenta que aquellos griegos que asistían a las representaciones de las obras de Sófocles o a las pruebas deportivas en Olimpia estaban viendo arte de verdad. Escuchar en Epidauro el lamento de Ifigenia y presenciar en los juegos de Olimpia una prueba hípica debía de ser una delicia para los sentidos y para la inteligencia.





La televisión  
está todavía en  
una época  
arcaica.

El amarillismo ni  
es arte, ni es  
periodismo, ni  
logra jamás la  
verdadera  
catarsis del  
espectador.

*Nada en contra, por lo tanto, del arte catártico, a pesar de las severas afirmaciones de San Agustín. Sin embargo, sí que apruebo la moral de San Agustín referida al amarillismo, pues el amarillismo ni es arte, ni es periodismo, ni logra jamás la verdadera catarsis del espectador. Muy al contrario, usa y abusa de la pobreza moral del público, que asiste al infraespectáculo no como espectador, sino sencillamente como voyeur reprimido y mezquino. Antes, "El Caso" lo hojeaban algunos; ahora lo tragan todos muy a menudo gracias a la televisión. Y como en aquellos periódicos populares y populistas, llenos de indigerible moralina acerca de la intrínseca perversidad humana, que al parecer sólo se encarna en los marginales y en las clases bajas, vemos a los criminales grotescamente falsificados y siniestramente simplificados. Filmaciones efectistas e inverosímiles, insultantes picados y contrapicados, aberrantes primeros planos y voces en off dignas del mejor locutor de posguerra. La bestia humana se oculta sobre todo en las almas económicamente pobres. Todos lo sabemos, y los locutores lo corroboran con sus muecas amargas y sus invocaciones a la España negra. Nuestro vecino puede ser un criminal sin escrúpulos y, sobre todo, si vivimos en un barrio periférico. Y ni hay catarsis, ni en su defecto tampoco hay la satisfacción derivada de una información veraz y objetiva. Hay sólo voyerismo senil. "Y lo que más me cautivaba —dice San Agustín— era al mismo tiempo lo que más compadecía; de ahí procedía el gusto que yo sentía por los dolores, y no precisamente por aquellos dolores de profunda incidencia en mi ánimo, sino por aquellos dolores cuya visión y audición viniera a ser para mí una especie de rasguño superficial sobre la piel". Una vez más el dedo en la llaga. Aquí San Agustín está hablando de algo que tiene muy poco que ver con la catarsis: está hablando del regodeo en la miseria propia y ajena, aún más que en las desgracias.*

*Todo lo anterior para decir que la televisión está todavía en una época arcaica, muy arcaica. Su reciente recurso al amarillismo da la razón de su arcaísmo. Los programas amarillos de ahora son como los cantares de ciego de antes. Todo muy antiguo. Espe-*

La televisión,  
como medio de  
comunicación  
de masas, como  
"nervio"  
fantasmático de  
la sociedad,  
está naciendo  
ahora mismo.

La televisión  
podría ser una  
verdadera  
máquina de  
placer.

remos que la pequeña pantalla deje algún día atrás estos viejos recursos y se enfrente al presente y al futuro de verdad. Cabe preguntarse cómo lo hará. Aventuremos la mejor posibilidad: asumiendo la cultura como lo que es, un organismo vivo y activo, que busca continuamente la catarsis (la renovación) y que en lugar de dar respuestas consoladoras plantea nuevas preguntas. La televisión, como medio de comunicación de masas, como "nervio" fantasmático de la sociedad, está naciendo ahora mismo. En rigor, aún no sabemos muy bien qué hacer con un medio tan sólido y al mismo tiempo tan escurridizo, por eso se percibe todavía en la televisión una cierta tosquedad, que no puede eternizarse. La televisión ha de afrontar la cultura como un hecho catártico y global, y lanzarse a la exploración del presente, descodificándolo, iluminándolo. La televisión podría ser una verdadera máquina de placer y de saber si se despojase de todo un legado estético y moral que no le pertenece y que desgraciadamente heredó de otros medios que nada tenían que ver con ella, y que ahora se nos antojan de un arcaísmo demasiado mistificador: el teatro, la radio, la prensa y el cine. La televisión ha de despojarse de esa herencia inútil y paralizadora, para empezar a ser ella misma y hacer de su ojo la ventada de ahora y de mañana. Y ha de saber que ni es teatro, ni es radio, ni es prensa escrita, ni es cine. Es un medio mucho más líquido e impregnador que los anteriores, por eso su herramienta no podía ser la cámara de cine, y sólo ahora, con el vídeo, empieza a vislumbrar lo que podría ser su camino. Y sin embargo, es ahora cuando más campea el amarillismo y la regresión a formas arcaicas de narrar y de actuar sobre el espectador. La razón es el marasmo actual: una especie de parálisis de la imaginación que ha sucedido a la muerte de las ideologías, pero también es el miedo a los nuevos lenguajes y el temor a observar la realidad sin presupuestos ideológicos y morales, como si fuese una tierra de nadie que nadie había querido mirar de verdad.

Jesús Ferrero

